

Este libro propone métodos y criterios generales para orientar a largo plazo la ciencia de los países dependientes, y paralelamente su tecnología. Las características fundamentales de la investigación científica resultan distintas de un estilo o Proyecto Nacional a otro, y en ese sentido se evidencia el aspecto ideológico de la ciencia: hay maneras de hacer ciencia más apropiadas a un sistema social que a otros. Así, debe buscarse el "estilo científico" coherente con un Proyecto Nacional que se denomina Socialismo Nacional, y este trabajo pretende ser una introducción al tema, estableciendo, como eslabones intermedios entre el Proyecto Nacional y su estilo científico, el sistema productivo y la tecnología.



ediciones
periferia

colección
ciencia
desarrollo
e ideología

OSCAR VARSANSKY HACIA UNA POLITICA CIENTIFICA NACIONAL

colección
ciencia
desarrollo
e ideología

HACIA UNA POLITICA CIENTIFICA NACIONAL

OSCAR VARSANSKY



ediciones
periferia

Espacio Varsavsky

Trabajadores de la Ciencia y de la Educación Movilizados

Espacio Varsavsky

Trabajadores de la Ciencia y de la Educación Movilizados

HACIA UNA POLITICA CIENTIFICA NACIONAL

Oscar Varsavsky

Jorge Augusto Graif



EDICIONES PERIFERIA S. R. L.

Tapa: ISABEL CARBALLO

© 1972, EDICIONES PERIFERIA S.R.L.
Cangallo 1730 6° 68 — Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

OSCAR VARSAVSKY

El autor inició su vida científica en 1943, en el Laboratorio de Investigaciones Radiotécnicas que Philips organizó en Buenos Aires cuando su sede holandesa fue ocupada por los alemanes (y que desorganizó al terminar la guerra). De la ciencia aplicada pasó a actividades teóricas —primero en física cuántica y luego en diversas ramas de la matemática pura, como topología, lógica algebraica y análisis funcional— hasta que en 1961, creyendo contar con suficiente base científica, comenzó a tratar de utilizarla en problemas de la realidad social.

INTRODUCCIÓN

Así nació el grupo de *Economía Matemática* en el Instituto de Cálculo de la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires. Muy pronto llegó a la conclusión de que los métodos de moda no eran eficaces para tratar las cuestiones más importantes, y comenzó a utilizar y desarrollar con sus colaboradores un instrumento computacional relativamente novedoso, que se denominó "experimentación numérica", que tuvo desde entonces diversas aplicaciones y es el que hace posible llevar a la práctica el método propuesto en este libro. El autor se ocupó también de problemas de política científica en un discutido libro —Ciencia, política y cientificismo— donde se sostiene que la ciencia actual no es neutra sino fiel a este sistema social, pero que puede ponerse al servicio de profundas transformaciones —como se intenta hacer en este libro— si sus temas y métodos se replantean a la luz de la ideología correspondiente.

Se lo conoce además por su participación en la reforma de la enseñanza de la matemática elemental, para la cual escribió los primeros volúmenes sobre este tema en lengua castellana. Siempre se interesó por los problemas educativos; es maestro normal, y desde 1947 ha sido docente universitario en distintos lugares de la Argentina y otros países.

Es alérgico a cargos directivos, turismo científico y subsidios extranjeros, pero no está totalmente libre de ninguno de esos pecados.

Este trabajo es una contribución a la permanente polémica sobre la posibilidad, significado e importancia de la "autonomía cultural" para un país del Tercer Mundo. Está centrado en el aspecto científico, pero se hacen abundantes referencias a los niveles tecnológico, productivo y educativo.

El punto de partida es el carácter ideológico de la ciencia, definido de manera constructiva: diremos que una actividad tiene carácter ideológico si hay varias maneras de realizarla, algunas de las cuales contribuyen a sostener el sistema social vigente o dificultan su remplazo, y otras no. En este sentido daré argumentos para mostrar que la ciencia actual mundial es ideológica —del mismo modo que los otros niveles mencionados— y en general, que cada tipo de sociedad requiere un estilo de ciencia propio, diferente por su contenido, sus problemas prioritarios, sus métodos de investigación y sus criterios prácticos de verdad, tanto como por las características sociológicas del grupo de los investigadores. La autonomía científica resulta entonces una consecuencia —y un requisito— de proponerse y cumplir un proyecto nacional propio, no copiado de ningún "modelo" en boga. Si se copia la ciencia y tecnología de otro país —si el desarrollo científico se plantea en términos de "cerrar la brecha"— se está introduciendo de contrabando lo esencial de su estilo de vida.

Es de esperar que esto no se confunda con una actitud contra la ciencia. Lo que se rechaza aquí es el concepto seguidista de "la" ciencia, y se aplaude la resistencia de algunos grupos estudiantiles a recibir con veneración cualquier proyecto de investigación. Se propone en cambio

algo mucho más difícil, como es el pensamiento científico independiente, capaz de crear “una” ciencia que, con el tiempo, puede llegar a diferenciarse mucho de la ciencia ortodoxa dirigida desde el hemisferio Norte. Reexaminar y decantar lo que ya existe en función de nuestros objetivos nacionales, y no de una cultura universal propuesta y dirigida por quienes siempre nos han explotado y no dan señas de cambiar de intención.

Esto no es provincialismo ni aislacionismo, sino independencia cultural. Debemos mantenernos en contacto con la ciencia mundial pero a través de nuestra percepción crítica y no de un cordón umbilical.

En resumen crudo, el origen de estas preocupaciones es la siguiente afirmación empírica: “La enorme mayoría de las investigaciones científicas y de los desarrollos tecnológicos de los últimos 15 a 20 años son inútiles, e incluso contraproducentes, para los primeros 15 a 20 años de construcción de un socialismo nacional creativo, en un país como Argentina.”

En particular nuestras universidades, en su seguidismo —poco exitoso— de las tendencias del Norte, son incapaces de comprender cuáles son las necesidades técnico-científicas de esa transformación social, y resultan meros instrumentos de colonización cultural.

Sin duda no podré demostrar “científicamente” esta afirmación, pero el costo social de rechazarla si es cierta es tanto mayor que el de aceptarla pudiendo ser errónea, que la decisión racional, científica, es clara.

Me eximo además de cantar las usuales loas a la Revolución Científica y Tecnológica y de pasmarme ante sus maravillosas posibilidades. Ya todos los medios de difusión se han ocupado de divulgar lo que la Genética o la Informática prometen o amenazan para dentro de algunas décadas; esas posibilidades —aunque no sus probabilidades— pertenecen ya a la cultura general. Sólo gracias a la revolución científica podrá

aparecer el Hombre Nuevo, y sólo éste podrá realizar a fondo esa revolución. De acuerdo; el problema es ahora cómo ayudaremos a que avance esa interacción dialéctica, en vez de limitarnos a hablar de ella.

Se verá que tampoco me preocupó mucho aquí de los problemas típicos de los futurólogos: automatización total, energía ilimitada, control del ambiente y la población. En este libro el eje es mi país y los similares a él, y para nosotros esos problemas no son urgentes. Podremos atacarlos mejor si nos dedicamos antes a reorganizar nuestra sociedad de tal modo que todos puedan participar en su discusión. ¿Cómo hemos de empezar a servirnos de la ciencia para ello? ¿Qué ciencia “para el pueblo” nos ayudará a llegar a una ciencia “del pueblo”?

En esta pequeña obra se discuten las ideas básicas para esa actitud constructiva y se mencionan algunas tareas y métodos concretos; pero no estoy presentando los resultados de una investigación sistemática: se trata sobre todo de advertir sobre algunos peligros ideológicos debidos a la insuficiencia de los análisis del contenido cualitativo de la ciencia, y de estimular su estudio. Para ese objetivo, creo que el material presentado es suficiente. Se agregan como apéndice algunas propuestas acerca del “estilo universitario” que permitiría desarrollar la ciencia de un socialismo nacional creativo, solidario, participante (estas propuestas forman parte de un estudio realizado para las universidades peruanas; véase referencia 13).

Inevitablemente, he repetido aquí diversos argumentos ya expuestos en otras obras, especialmente en 9. Me he permitido también insistencias y repeticiones que tal vez sobrarían en un ensayo de tipo menos “partidista” que éste.

PLANTEO GENERAL

1

No me voy a referir en este trabajo a la política científica en el sentido restringido de los tecnócratas: criterios eficientistas para el volumen y reparto anual de fondos para investigaciones *dentro de un marco de referencia social preestablecido y aceptado*. Quiero plantear el problema previo que se presenta cuando ese marco de referencia también está en discusión, y nuestro futuro nos ofrece posibles alternativas muy diferentes, cambios profundos de estructura social, transformaciones que pueden llamarse revolucionarias porque conducen a tipos de sociedades cualitativamente distintos, y cuyas probabilidades de realizarse dependen de nuestros esfuerzos y nuestra comprensión del proceso y sus fines.

Podemos pues hablar de una Gran Política Científica, en este sentido —como análogamente debemos hablar de una Gran Política Tecnológica, Educativa, Industrial, etc.—, y si llamamos “estilos” a esas distintas alternativas de desarrollo nacional, para recalcar que conducen a sociedades cualitativamente distintas, propongo llamar también “estilo científico” a cada Gran Política posible, consciente o no.

La Historia nos muestra muchos ejemplos de estilos científicos, que sirvieron a veces como apoyo a la tecnología, como intento de comprensión del mundo, como simple placer intelectual y como instrumento de poder, pero que tuvieron pocas semejanzas en sus métodos, sus problemas e incluso en sus resultados: mayas, sumerios,

egipcios, griegos, chinos, hindúes. No estamos acostumbrados a pensar en estos términos relativistas, sino que usamos palabras como “progreso” o “desarrollo” que implican un crecimiento más o menos lineal de la ciencia, una acumulación continua de conocimientos que se revisan, corrigen o perfeccionan, pero no se olvidan, y nos impulsan a pensar más en la cantidad que en el contenido cuando hacemos estudios comparativos de desarrollo científico.

Este proceso de crecimiento acumulativo es notable en la civilización occidental, pero aun así se han producido en ella bien conocidas etapas que corresponden a estilos científicos diferentes —los “paradigmas científicos” de Kuhn pueden tomarse como ejemplos.

Cuando hablemos de la “ciencia actual” nos estaremos refiriendo al estilo surgido hace apenas 30 o 40 años y cuya característica más llamativa es la masificación burocratizada: la enorme cantidad de personas, instituciones, aparatos y recursos financieros afectados a esta actividad, la producción masiva de resultados correspondiente, sus numerosas aplicaciones y la disminución notable de ideas que pudieran llamarse “geniales”. Este período es el que menos derecho tiene de llamarse “Revolución Científica”, salvo en cuanto a su extensión cuantitativa. Revolución en los conceptos científicos hubo antes y habrá tal vez pronto, pero la ciencia actual sólo es revolucionaria en sus aplicaciones. Hay en marcha una Revolución Tecnológica hacia la producción automática, apoyada en innumerables descubrimientos de la ciencia actual, pero que hasta ahora no ha exigido el desarrollo de ninguna nueva teoría científica muy profunda.

Pero así como no debemos dejarnos encandilar por el monto del producto de un país, sin indagar antes cuáles son sus componentes —gastos militares o satisfacción de necesidades básicas para todos— y sus métodos y relaciones de producción, del mismo modo no es la cantidad de ciencia el indicador más fiel de su valor social. Hay

que analizar su contenido cualitativo actual, y sobre todo los diferentes caminos de desarrollo posibles para ese contenido en lo sucesivo.

Para la ciencia, como para el desarrollo en general, no debemos aceptar las teorías “unilineales”, seguidistas. Nuestra ciencia es subdesarrollada, sí, pero no porque no haya alcanzado el nivel norteamericano, sino porque es insuficiente para ayudarnos a construir la sociedad que deseamos (pero veremos luego que no son las ciencias físicas las insuficientes). Si esa sociedad deseada es parecida a la norteamericana —si nuestro Proyecto Nacional o estilo de desarrollo es vivir como ellos— entonces sí, necesitaremos la misma ciencia que ellos, con modificaciones menores. Pero si queremos otro tipo de sociedad, surge una pregunta crucial: ¿será una ayuda o un estorbo para construirla, ese tipo de ciencia del hemisferio Norte? ¿No hará falta una ciencia diferente? ¿Diferente en qué?

Voy a defender aquí la siguiente tesis:

“No cualquier estilo científico será compatible con un estilo de sociedad determinado.”

En particular, si desarrollamos nuestra ciencia según el modelo que llamaremos “Norte” —porque EE. UU., Europa y la URSS están situados en ese hemisferio—, será muy difícil construir una sociedad sin los defectos que tienen las que acabamos de mencionar. Es propósito de este artículo hacer notar los peligros que implica el olvido de esta tesis cuando se está planeando en términos concretos una transformación social profunda. Huelga decir que *no* estoy afirmando que este sea el único ni el principal problema de la transformación; estoy sólo mostrando la existencia de otro frente de batalla ideológico pero con graves consecuencias prácticas, que algunos deberían ocuparse de atender, y que todos los intelectuales deberían por lo menos percibir.

Formalmente esta tesis no es ninguna novedad: muchas veces se ha hablado, por ejemplo, de “ciencia burguesa” y “ciencia socialista”, y están todavía frescos los recuerdos de Lisenko,

o del rechazo inicial a la cibernética y la investigación operativa en la URSS, planteados en términos que en parte coinciden con los nuestros, y de los que hubo que desdecirse. Hoy —en aparente contradicción con lo que aquí se afirma— la ciencia de la URSS y la de EE. UU. es prácticamente la misma, y muchos son incapaces siquiera de imaginar una ciencia distinta.

Mejores analogías con nuestra posición encontramos a nivel de la tecnología. Es bien conocida la tesis marxista de que la producción automática de bienes y servicios es incompatible con el capitalismo, y que, a la inversa, el clásico sistema de producción industrial —máquinas que exigen trabajo manual rutinario, subordinación del hombre— es a la larga incompatible con el verdadero socialismo (para una exposición clara de esta correlación entre estilos tecnológicos y sociales véase Richta, referencia 5).

Estas consideraciones se refieren a una escala mundial y a tendencias de largo plazo, y se hacen en un nivel muy abstracto. Como resultado, vemos que curiosamente llevan a las mismas recomendaciones prácticas en Checoslovaquia que en Francia: ponerse al día en todos los descubrimientos científicos y técnicos del mundo, elevar el nivel de la enseñanza universitaria y secundaria, mejorar la calificación técnica de los obreros, dedicar más fondos a la investigación y dar más estímulos materiales y más “libertad” a los investigadores, sin plantear en ningún momento cuestiones de contenido de esa ciencia y esa educación.

Esta actitud se basa en la tesis de la universalidad de la ciencia: “la ciencia sigue un camino propio”; “sus estimulantes provienen de sus mismas necesidades” (5).

Aquí sostenemos la tesis contraria, y su demostración consistirá en presentar recomendaciones de política científica diferentes de las mencionadas en su contenido cualitativo, para adaptarse al estilo de sociedad deseado. Trataremos de hacer “política científica comparada”,

y aun más, renunciaremos al caso más fácil de comparar dos modos de producción abstractos como capitalismo y socialismo. Nos ocuparemos en cambio de estilos que se proponen realmente a países como este —Argentina— y donde hay que pensar en los problemas concretos de factibilidad e implementación. Estaremos pues planteando el significado y la posibilidad —y la necesidad— de una ciencia nacional, parte de una cultura nacional.

Es un hecho que hay enormes fuerzas opuestas a todo intento de divergencia cultural: la pequeñez del mundo —en términos de comunicación— favorece la uniformidad, y el internacionalismo científico es mucho más fuerte que el proletario. Pero la ciencia actual es universal sólo porque responde a un tipo de sociedad que domina casi todo el mundo: la sociedad de consumo, individualista-competitiva, burocratizada. Si las intenciones declaradas por la revolución cultural china se hacen realidad, es probable que surja allí una ciencia diferente; así debería ocurrir según nuestras tesis. Y si el “estilo chino” se difundiera por todo el mundo, esa ciencia pasaría a ser universal.¹

2

Como eslabones entre cada estilo de desarrollo —“Proyecto Nacional”, cuando es consciente— y su ciencia correspondiente, conviene distinguir su estilo o política industrial, agraria y de servicios, con su organización institucional —podríamos decir el “modo de producción”, aproximadamente— y la tecnología, física y social, que lo hace posible.

¹ ¿Es deseable la uniformidad cultural del mundo? Para una respuesta negativa, véase (11), capítulo V. Por supuesto, el nacionalismo no tendría sentido sin una “personalidad” cultural que no sea meramente folklórica.

Tenemos pues una cadena que no siempre es visible en toda su extensión, y donde los efectos causales van en ambas direcciones, "dialécticamente".

Proy. Nac. } ... { Política de } ... Tecnol. ... Ciencia
e ideología } ... { producción }
 } ... { y organiz. }

Las influencias mutuas entre los eslabones de esta cadena fueron notadas desde antiguo, y recalculadas por el pensamiento marxista, aunque no en toda su amplitud. Se puso el énfasis en una causalidad de muy largo plazo, que a partir del "desarrollo de las fuerzas productivas" —la tecnología y su ciencia de apoyo— determina el modo de producción y la superestructura ideológica. Se admiten también las influencias en sentido contrario, de izquierda a derecha, que pueden ser más rápidas. En ningún caso se analizaron estas influencias recíprocas con la atención necesaria, con la notable excepción de las influencias ideológicas sobre la Filosofía y la Economía —Marx, Engels, Lenin— y más modernamente, sobre las ciencias sociales (el mejor ejemplo son las críticas marxistas al funcionalismo sociológico).

El carácter ideológico de las ciencias naturales es un tema casi tabú entre los marxistas, desde aquellos desagradables casos que mencionamos más arriba. Esta ciencia no es incluida usualmente en la "superestructura".

No corresponde a la extensión de este trabajo tratar de llenar esos huecos, ni hacer una demostración rigurosa de las correspondencias entre los estilos alternativos que pueden darse en cada uno de esos niveles, pero para no quedarnos en un planteo puramente abstracto esbozaremos, sin mucho detalle, una ilustración concreta para aclarar lo que queremos decir. Sólo dando las características tecnológicas de un estilo de desarrollo se puede comprender por qué no cualquier ciencia le conviene.

Comenzamos por definir tres posibles estilos de sociedad para un país como Argentina, para luego ver los estilos de producción, tecnología y ciencia más compatibles con ellos.

a) *Neocolonia* (estilo similar al vigente): Propone metas de consumo opulento para un sector de cúpula muy reducido, dejando al resto de la población lo indispensable para evitar conflictos serios. Ese consumo opulento es similar al de EE. UU., país que se toma como "modelo" y líder. Dependencia cultural total y ni siquiera bien percibida. Alta dependencia económica a través de importación y exportación de capitales; afiliación a mercados regionales controlados por las grandes corporaciones multinacionales. Dependencia militar. Predominio de oligarquías exportadoras y clase gerencial de grandes empresas. Estímulo al individualismo; escasisima participación política popular.

La educación superior se considera un medio para "adquirir cultura", privilegio de élites. El leit-motiv es recibir la aprobación del país líder y mostrar que somos "civilizados". Se trata de un proceso de modernización refleja, pasiva y lenta. El crecimiento del producto puede ser grande o no, según convenga a los intereses geopolíticos del país líder.

b) *Desarrollismo nacional* (proyecto muy probablemente inviable): Consumo opulento para un sector de cúpula más amplio que el anterior. EE. UU. sigue siendo el modelo, pero no tanto el líder. Dependencia cultural total. Menor dependencia económica en el sentido de disminuir poco a poco la participación de empresas extranjeras, que pasarían a manos nacionales (pero preferentemente privadas). Política de integración regional para ampliar mercados. Capitalismo de Estado en grado apreciable. El empresariado industrial nacional, grande y mediano, desplazaría a las oligarquías tradicionales

como clase dominante. Estímulo al espíritu competitivo. Democracia formal.

Educación es "formar recursos humanos". El leit-motiv es producir: la tasa de crecimiento del producto es el indicador de éxito o fracaso del sistema. Es una modernización refleja pero activa, rápida.¹

c) *Socialismo nacional creativo* (utopía muy probablemente viable): Sociedad solidaria en vez de competitiva, con alta participación popular en todas las decisiones, y por lo tanto igualitaria en la distribución de los bienes. No se estimula el consumo opulento. No hay países líderes ni "modelos": se desarrolla una cultura nacional no sólo a nivel folklórico: independencia económica y tecnológica. Economía planificada y socializada.

Leit-motiv: formación del Hombre Nuevo, solidario, participante, creativo. La educación se adapta a esta tarea. No es un proceso de modernización sino de "aceleración evolutiva", en la terminología de Darcy Ribeiro (véase 4).

Los estilos de producción y organización correspondientes a estos Proyectos se deducen sin muchas dificultades:

— El Neocolonialismo, como sociedad de consumo, exige gran diversidad de bienes, modelos individuales cambiantes, terminaciones y envases suntuarios, y asigna principal importancia a las ventas: creación de necesidades, comercialización, publicidad, financiamiento. Buena parte se importa, pero también se produce en el país para el mercado regional. Esta producción requiere economías de escala para ser competitiva, lo que conduce al predominio de la gran empresa, equipada con alta intensidad de capital fijo a semejanza de la norteamericana. Proceso análogo pero mucho más lento en el agro. El Estado debe contribuir con la infraestructura más cara: energía, caminos, urbanización. El resultado de la mecanización es que los obreros

urbanos y rurales casi no aumentan, y crece mucho el grupo de los marginales, no integrados a la sociedad. Las necesidades institucionales son pocas: asociaciones gremiales, entidades financieras, y las clásicas aceptadas por el liberalismo: defensa, educación, justicia, hacienda.

El carácter de las empresas y los ingenieros y administradores en este estilo sufre la influencia simultánea de la dependencia y el afán de lucro (véase la Nota 3, al final).

De todas las cosas que vende este sistema social, la que cuenta con un mercado más dinámico, con una demanda cada vez mayor sin necesidad de publicidad, es la salud. Para su producción, es típico del liberalismo el concepto de la actividad médica como servicio asistencial: atención a individuos que se presentan como clientes a demandar remedio para sus síntomas, o medidas para prolongar sus vidas. Eso hace que la ciencia médica se dedique mucho menos al sanitarismo y a las medidas sociales de prevención —peligrosas políticamente porque implican ocuparse de la nutrición, vivienda y condiciones para un desarrollo mental adecuado— y mucho más a las ramas caras y sofisticadas de la gerontología, cirugía estética, psicoanálisis, órganos artificiales, para quienes pueden pagar. Debería ser innecesario recalcar que cuando algunos médicos, con loable espíritu de sacrificio personal, deciden hacer psicoanálisis o cirugía de corazón gratuitamente a los pobres, no proceden contra el sistema sino que confirman sus prioridades, su estilo de producción sanitaria.

En vez de seguir dando ejemplos de otras ramas de la producción, hagamos notar una característica general de las sociedades industrializadas, que el estilo Neocolonial y el Desarrollista tratan de copiar: se pretende resolver todo fabricando aparatos, usando métodos físicos en sustancia o espíritu, cosificando. Para la educación se proponen satélites, circuitos cerrados de TV, computadoras, evaluación por exámenes de *multiple choice*, pero sus inmensos proble-

¹ Para un valioso enfoque del desarrollismo y sus conexiones con la ciencia y la filosofía, ver Eggers Lan (2).

mas de contenido y cubrimiento ni se tocan. Para la salud nos ofrecen píldoras, inyecciones, marcapasos, corazones de plástico, pero todos olvidan cuidadosamente que un rico vive en promedio 20 o 30 años más que un pobre. El peligro de guerra se encara inventando más armas o defensas. Pretenden resolver el problema de la inseguridad humana con ingeniosas técnicas de ahorro monetario. La miseria, con anticonceptivos. La producción agrícola no se fomenta cambiando la propiedad del suelo y organizando socialmente a los campesinos, sino mediante tractores, pesticidas y fertilizantes químicos o genética aplicada. No es que estos objetos y aparatos estén de más —aunque muchas veces es así—, sino, por una parte, que no son suficientes, y por otra, que en una sociedad competitiva, donde se trata de venderlos a toda costa, los efectos negativos pueden llegar a ser mayores que los positivos. Así resulta ahora que los pesticidas contaminan el suelo y son peligrosos para la salud. ¿Qué preferirá un campesino hambriento: que su comida esté condimentada con un poco de DDT, o no tener comida? Es una alternativa típica de las sociedades actuales.

Llegamos a la conclusión de que el “tipo ideal” de neocolonia sería algún sultanato petrolero, que puede importar todo lo que se le antoje consumir, y si quiere darse el gusto de producir algo “nacional”, importa la fábrica completa y sus insumos y personal. (Véase en 11 el Apéndice sobre “Monox”).

— El Desarrollismo desea producir el mismo tipo de bienes, pues es también una sociedad de consumo, imitadora de la sociedad opulenta del Norte. Hemos dicho que se diferencia del Neocolonialismo —en sus intenciones— en que aspira a “crecer” más rápido, ampliar más el mercado interno y librarse poco a poco de las empresas extranjeras. Requiere básicamente un empresariado privado nacional de gran iniciativa y eficiencia, y un financiamiento inicial de inversiones que permita el “despegue”, financia-

miento a obtener en lo posible mediante el ahorro interno. Empecemos por observar que esto requiere un cambio total de actitud del actual empresariado local. Nuestras clases dirigentes urbanas —de tradición comercial y burocrática, cuyo principal contacto con el sistema económico no era la producción, sino el dinero— siguen interpretando la “libertad de empresa” y la “iniciativa privada” como luz verde para todo tipo de enjuague, legal o no, que permita acumular dinero, en lo posible fuera del país. Las decisiones de producción se toman pues en buena parte según las posibilidades de evasión fiscal, sobrevaluación de importaciones, negociados con divisas, usura, coimas y sobornos, contrabando, vaciamiento de empresas y una cantidad de actividades similares que prueban sin duda la capacidad creativa de nuestros empresarios, pero que dejarían estupefactos a Schumpeter o Samuelson, a pesar de que no son precisamente desconocidas en el Norte. (Véase Nota 3 al final.)

Esas actitudes no molestan demasiado al estilo Neocolonial, pero sí al Desarrollista, el cual debe indicar cómo piensa eliminarlas.

Por otra parte, como es imposible producir todos los artículos con que nos tienta la sociedad de consumo, debemos conseguir amplia capacidad de importación, y por lo tanto aumentar nuestras exportaciones. Para eso hay que entrar en el mercado internacional en condiciones competitivas, lo que implica instalar todo tipo de industria básica, pesada, con los equipos más modernos y automatizados (esto en general es contradictorio con la independencia económica, pues no hay capacidad inicial para financiar las inversiones físicas necesarias). Apresura la mecanización del agro, y por lo tanto la marginalización. Puede promover algún tipo de cogestión, como cooperativas o comunidades industriales, agrarias o de consumo, sin mayores dificultades de institucionalización pues no pretenden cambiar la actual mentalidad competitiva ni la organización mercantil.

— En el Socialismo (omitiremos por brevedad los calificativos indispensables de “nacional, creativo, solidario, participante”) la producción es planificada, con metas de consumo abundante pero no opulento ni suntuario, y menos aún se-guidista de las últimas modas del hemisferio Norte. En realidad, una producción similar a la que tenía EE. UU., hace 20 ó 30 años podría bas-tar cualitativamente para los primeros lustros (incluye computadoras, TV, antibióticos). La separación de los precios externos e internos —gracias al control estatal completo del comer-cio exterior— cambia absolutamente los criterios de competitividad para el mercado internacio-nal; la eliminación del liberalismo económico cambia también los criterios de eficiencia o ren-tabilidad, y la desalienación del trabajo pasa a ser un objetivo simultáneo a la producción. Las empresas, al no ser competidoras, pueden utili-zar muchos más servicios comunes, obteniéndose “economías de escala” de otro tipo que las ac-tuales. Esto requiere un apoyo institucional diferente y muy refinado, que va desde mante-nimiento y compras hasta educación política del personal (para más detalles, véase 11 y la Nota 1). La mayor racionalidad del consumo per-mite estandarizar mucho los bienes de capital e intermedios y por ende facilita su producción local en grado mucho mayor. En resumen, el gran aumento en la capacidad de producción de bienes de consumo básico se logra con una industria que en principio puede ser tan diferente de la actual como ésta lo es de la artesanía medieval.

Otra fuente de diferencias es el nuevo conte-nido e importancia de servicios sociales como la educación y reeducación para eliminar las moti-vaciones materiales y estimular la solidaridad y la participación efectiva y creativa en todo tipo de decisiones. Seguramente no menos de la mi-tad de los recursos del país estarán dedicados a estas actividades de tipo organizativo, empezando por las de planificación y coordinación.